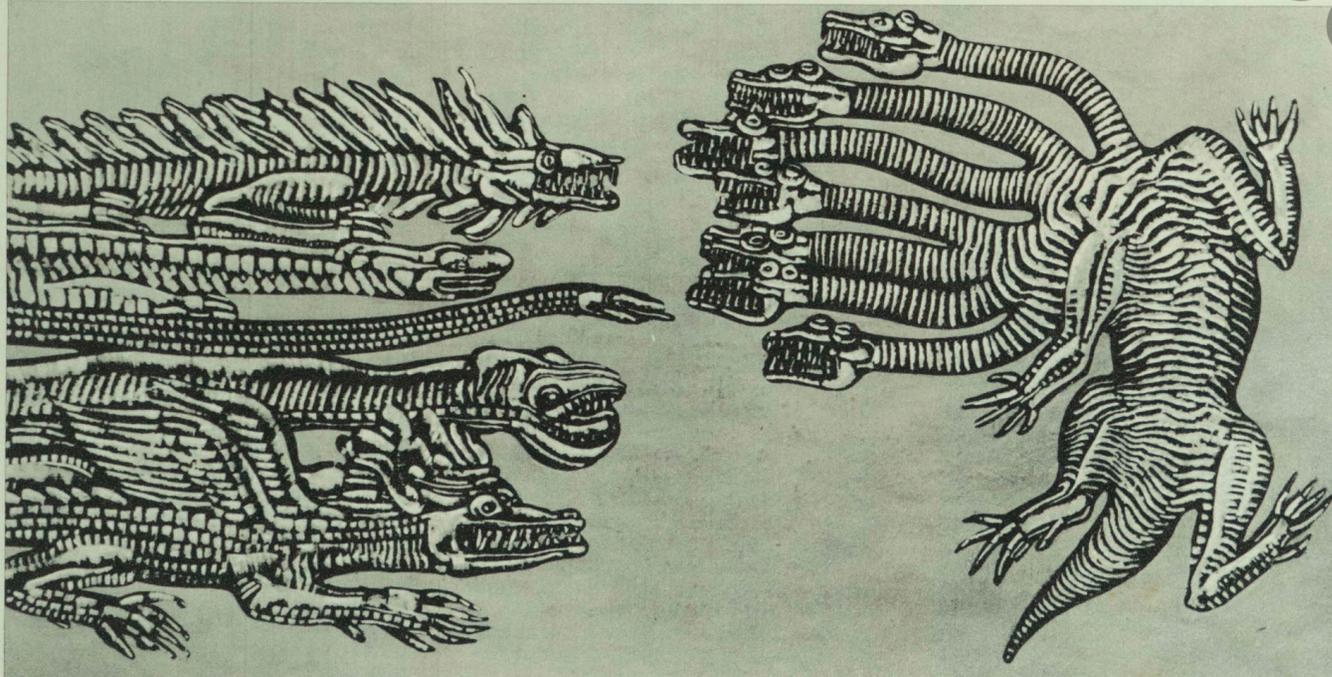


"LA TORRE DE BABEL". Grabado del ciclo "La descripción del mundo". Abajo, ilustración del libro "El barco petrificado"



ROMAN OPALKA graba en sus obras una realidad inmóvil, busca temas que no exigen una interpretación impresionista y espontánea

Un mundo petrificado

Solemos asociar el grabado con una composición de formas delicadas, la red tenue de líneas del aguafuerte o el grabado en cobre, las manchas suaves del agua tinta o de la litografía. Sin embargo, Roman Opalka nos introduce en un mundo duro, tosco, compuesto de elementos simples de modelado acentuado y contrastante; la materia de sus grabados trae a la memoria la superficie agrietada de un enlucido o una piedra. Esta materia no es obra de la casualidad: el artista se vuelve hacia temas apartados de todo impresionismo, del apunte espontáneo de las formas y acontecimientos. Graba una realidad inmóvil que ya no experimenta ningún cambio, un mundo que se ha petrificado y alejado, el mundo de los viejos mitos (la historia de Gilgamés, Adán y Eva en el Paraíso, el Diluvio), una arquitectura moderna y fantástica que ha sido reducida a unas formas igualmente severas y monumentales ("Los puentes de Varsovia", "La Torre de Babel").

Incluso cuando la línea se hace sinuosa e inquieta, cuando el artista nos enseña monstruos, una lucha implacable entre hombres y fieras, contemplamos un mundo cuajado, que tiene afinidad con los bajorrelieves asirios o los ornamentos de piedra de los capiteles románicos. Mas Roman Opalka no se vuelve hacia la arqueología en busca de un estilo, de unas tradiciones honorables. Toma de las formas del pasado aquel ambiente indefinible que rodea los objetos que se encuentran fuera del tiempo, liberados de la acción del azar y de la variabilidad del color y de la luz.

El ritmo obstinado de unas formas menudas que se desarrollan en la superficie en largas filas creando una factura uniforme, en apariencia mecánica, constituyen el elemento esencial de estos grabados. Este ritmo posee siempre una significación definida. En la obra "Adán y Eva", del ciclo "Descripción del mundo", las manchas negras y blancas rodean las siluetas diminutas de los primeros hombres en un círculo que se va estrechando. En "La Torre de Babel" el artista superpone arcadas cuya arquitectura es sumamente diversificada; de su combinación absurda e insólita surge un edificio que plasma la antigua leyenda sobre los hombres que quisieron dominar el espacio y el tiempo.